

## LA SOCIOLOGIA POSITIVISTA EN ARGENTINA

### LA SOCIOLOGÍA DE ESCUELAS

Emilio Durkheim estampó como primer carácter fundamental de su método la *independencia de toda filosofía y de las doctrinas prácticas*. Respecto a la independencia de la filosofía, la explica así: «Como la sociología ha nacido de las grandes doctrinas filosóficas, ha conservado la costumbre de apoyarse en algún sistema, del cual se ha hecho, pues, solidaria. Y de esta manera ha sido sucesivamente positivista, evolucionista, espiritualista, cuando debe contentarse en ser sociología a secas» (1). Y prosigue un poco más allá: «La sociología no ha de decidirse por ninguna de las grandes hipótesis que dividen a los metafísicos. La sociología no ha de ver con más simpatía la libertad que el determinismo» (2). Punto de vista que, en lo sustancial, ha recogido Jacques Leclercq, que dice: «La sociología lleva desde su nacimiento una tara de origen por el hecho de haber nacido de un sistema filosófico y al servicio de este sistema. Esa tara es fuente de confusión, tanto más cuanto que esta filosofía llamada positiva, a la vez que se presenta como sistema de filosofía pretende suprimir lo que muchos filósofos consideran como la esencia de la filosofía, es decir, la metafísica, y, por consiguiente, es fuente de equívocos, tanto sobre la noción de ciencia como sobre la de filosofía» (3).

En cuanto a la segunda independencia, enseña Durkheim: «Enfrente de las doctrinas prácticas, nuestro método permite y exige

---

(1) EMILIO DURKHEIM: *Las reglas del método sociológico*. Madrid, 1912; pág. 237.

(2) *Op. cit.*, pág. 238.

(3) *Introduction a la sociologie*. Louvain, 1948; pág. 77.

la misma independencia. Entendida de esta manera la sociología, no será ni individualista, ni comunista, ni socialista en el sentido que se da vulgarmente a estas palabras. En principio, la sociología ignorará estas teorías a las cuales no podrá reconocer ningún valor científico, puesto que tienden directamente a no expresar los hechos, sino a reformarlos. Si se interesa en su desarrollo es en la medida en que percibe en ella hechos sociales que pueden ayudarle a comprender la realidad social, al manifestarle las necesidades que trabajan la sociedad. No significa esto que haya de desentenderse de las cuestiones prácticas, sino que, por el contrario, como se ha podido ver, nuestra preocupación constante ha sido el orientarle de manera que pueda llegar hasta la práctica. La sociología encuentra necesariamente estos problemas al final de sus investigaciones. Pero, por no presentarse hasta este momento, y que, por consiguiente, se desprenden de los hechos y no de las pasiones, se puede prever que para el sociólogo se han de plantear en otros términos que para el vulgo, y que las soluciones, de otra parte parciales, que pueda aportar, no es posible que coincidan exactamente con ninguna de aquellas en que convienen los partidos. La misión de la sociología en este punto debe consistir precisamente en liberarnos de todos los partidos, no tanto en el sentido de oponer una doctrina a las doctrinas, sino en el de hacer que, enfrente de estas cuestiones, tome el espíritu una actitud especial, que únicamente puede engendrar la ciencia por su contacto directo con las cosas. Sólo la ciencia puede, en efecto, enseñar a tratar con respeto, aunque sin fetichismo, todas las instituciones históricas, haciéndonos comprender lo que tiene a la vez de necesario y de provisional su fuerza de resistencia y su infinita variabilidad» (4).

Este criterio primordial que hemos querido exponer en toda la extensión que le dió Durkheim en la redacción de su obra significa claramente lo que tuvo de verdadera revolución el método durkheimiano en la disciplina sociológica (y al que, por cierto, no fué siempre fiel su creador, llevado de los residuos filosóficos de su pensamiento) si se lo conjuga con la situación de la sociología en el siglo XIX. Las «Reglas» del sociólogo francés, cual el «Discurso del método» de su compatriota Descartes, fueron la frontera que marca el comienzo de la muy distinta sociología de nuestro siglo.

(4) *Op. cit.*, págs. 239 y 240.

Nadie mejor que Sorokin ha dibujado los caracteres de la sociología decimonónica en un celebrado párrafo, especialmente cáustico: «En resumen —escribe el gran sociólogo ruso—, tanto para la sociología como para las demás ciencias sociales, filosóficas e incluso naturales del siglo XIX, el planteamiento del problema central de la dinámica ya física, ya biológica, ya sociocultural, era muy sencillo: se trataba simplemente de descubrir y formular las tendencias lineales presuntamente manifestadas y desarrolladas en el tiempo. En cuanto a las transformaciones socioculturales, la tarea parecía de una sencillez extraordinaria: al científico no le incumbía sino trazar principalmente la línea ya recta, espiral o con ramificaciones, uniendo al hombre, a la sociedad o a la cultura primitiva estudiada con el presente. El proceso histórico se parecía a una especie de curriculum escolar ordenado en el cual el hombre primitivo (o la sociedad primitiva) hiciera de alumno de primer grado, que pasara con el tiempo al segundo, tercero, cuarto grado (y también quinto, sexto, etc., cuando había más de cuatro fases de evolución) para que —por último— se recibieran todos en positivismo o «libertad para todos», o en cualquier otro título extraído de la imaginación del autor» (5). Aunque Sorokin se refiere en este texto a la dinámica «sociocultural», la crítica sería también aplicable, con todo lo que tiene de ironía, a ese confuso cajón de sastre de filosofía y política, de teoría y realidad, que fué la inicial sociología decimonónica, cuando la nueva disciplina se sentía, como todas a sus comienzos, piedra filosofal.

Esa doble dependencia de la filosofía y la política práctica es característica de la sociología decimonónica hasta el punto de dejar de lado la tradicional separación entre lo teórico y lo práctico. Herman Heller, en el resbaladizo campo de la ciencia política, y a pesar de su base ideológica historicista, se ha visto obligado a recordar la importancia, para la ciencia, de esa añeja distinción (6).

Por todo ello nos parece sumamente acertado que Roger Bastide caracterice el paso de la sociología de una a otra centuria

(5) PITIRIM A. SOROKIN: «Dinámica sociocultural y evolucionismo», en *Sociología del siglo XX*, tomo II. Buenos Aires, 1956; pág. 93.

(6) «El teórico se esfuerza constantemente por subordinar su voluntad de poder a su voluntad de conocimiento. Para el práctico, en cambio, el saber y el conocer sólo tienen importancia en cuanto puedan ser inmediatamente utilizados como arma para la lucha política.» (HERMAN HELLER: *Teoría del Estado*. Méjico, 1955; pág. 75.)

como «substituyendo el dogmatismo de las capillas por el sincretismo de las escuelas» (7); lo que no le impide, como es natural, ver los defectos de los planteos actuales.

En la pasada centuria se acusan en Iberoamérica las mismas características de una sociología agrupada en escuelas de base filosófica, religiosa o política. Acaso nadie mejor en la Argentina ha sintetizado esta manera de enfocar las ciencias sociales en general y la sociología en particular que José Ingenieros, quien confiesa en el prólogo de su obra capital —*La evolución de las ideas argentinas*— que la historia, y en particular la historia de su país, no es para él más que la lucha entre dos filosofías, dos ideologías: la Revolución frente a la Reacción, el Renacimiento frente al Medioevo. A esta premisa fundamental ajusta, no sin esfuerzo, toda su obra.

Pero lo que quizás, a nuestro juicio, dé un carácter peculiar a la sociología de habla castellana es precisamente la resistencia de esa sociología de escuelas (de «capillas», según Bastide), a ser desplazada por una sociología teórica, objetiva y no normativa. Incluso la cátedra universitaria, que, como es lógico, es el apoyo principal para la introducción de las nuevas corrientes sociológicas, sirve muchas veces de reducto defensivo de los sostenedores de aquellas filiaciones escolásticas.

En eso disentimos de las historificaciones de la sociología latinoamericana de los estadounidenses Rex D. Hopper, L. L. Bernard y W. R. Crawford, para quienes la sociología latinoamericana habría entrado en un período culminante de especialización y sistematización; o de la de Alfredo Povina, para quien la sociología de cátedra sería la fase final y la superación de la sociología decimonónica. Creemos que esta última coexiste importantemente junto a las corrientes sociológicas del siglo XX, sostenidas, estas últimas, justo es reconocerlo, en su mayor parte desde la cátedra y por meritorios profesores. (Sería muy interesante estudiar el porqué de aquella persistencia. Nosotros nos atrevemos a señalar dos causas. La primera pertenece a la historia de las ideas: el deficiente desarrollo de la sociología en los países hispanoparlantes y la resistencia ideológica tradicional a la visión sociológica de la reali-

---

(7) ROGER BASTIDE: «La Sociología en América Latina», en *Sociología del siglo XX*, tomo II, ed. cit., pág. 118.

dad. La segunda es un problema de sociología del conocimiento: la dependencia de la enseñanza de determinadas estructuras politicosociales.)

En razón de lo anterior, estudiamos la sociología positivista en Argentina como una corriente, que, iniciada en el siglo pasado, tiene también sus epígonos en el presente.

Son varias las escuelas sociológicas con relevancia en la Argentina (católica, marxista, psicologista, etc.), pero entre ellas se destaca, sin duda, tanto por el volumen de obras como por la importancia de sus autores, la escuela positivista. El positivismo ha sido uno de los grandes impactos en la historia de las ideas argentinas que coincidió muy eficazmente con un momento de gran expansión material (la llamada «era criolla»). Su influencia alcanzó a todos los campos, desde el saber científico hasta el vulgar. Acá nos ocuparemos únicamente de el positivismo sociológico.

#### CARACTERES Y VALORACIÓN DEL POSITIVISMO

El positivismo da el tono a todo el saber de la pasada centuria, representa mejor que nada la altura de su tiempo. Todo el siglo XIX es positivista no sólo en la filosofía, sino en todos los meandros y recovecos de su pensamiento. No en vano representa el cenit de lo que Sorokin ha llamado «nuestra cultura sensorial». Por eso dice con toda razón Julián Marías que el positivismo es lo más importante de la filosofía del siglo XIX. No es que no existieran otras orientaciones, pero están agazapadas o a la contra de la tendencia dominante. Fenómeno que, en otro plano, va a repetirse años más tarde con otra tendencia dominante: el marxismo. Esa conciencia de haber dado en el blanco de una época es lo que, como se ha señalado certeramente, dió a Comte esa orgullosa seguridad de sí mismo y de su obra, tan poco concorde, por cierto, con su desventura personal.

En el positivismo, particularmente en la versión comtiana, lo fundamental es su filosofía. El positivismo es, ante todo, una filosofía de la historia, que se conjuga con una teoría del conocimiento. Aquélla viene formulada en la famosa ley de las tres estados, camino histórico hacia el estado definitivo: el positivo. En este último estado, «la imaginación —dice Julián Marías— queda subordinada a la observación. La mente humana se atiende a las

cosas. El positivismo busca sólo hechos y sus leyes; no causas ni principios de las esencias o sustancias. Todo esto es inaccesible. El positivismo se atiene a lo positivo, a lo que está puesto o dado: es la filosofía del dato. La mente, en su largo retroceso, se detiene al fin ante las cosas. Renuncia a lo que es vano intentar conocer y busca sólo las leyes de los fenómenos» (8).

Se ha dicho que el positivismo ha pretendido suprimir la metafísica del conjunto del saber humano y también que la filosofía se convierte en él en simple teoría de la ciencia. Y es evidente que en Comte se produce un intento de culminar su sistema con la sustitución de la religión por otra nueva, la metafísica por otra nueva metafísica. Sus llamadas extravagancias no son tales.

El positivismo filosófico presenta varias modalidades y corrientes. En Inglaterra es de preocupación más ética; parte del utilitarismo de Bentham y halla su culminación en Darwin y Spencer. Genial transvasamiento de la teoría evolucionista al campo de la biología y de la sociología. Spencer es, con Comte, la figura epónima dentro de la escuela. En Norteamérica, el utilitarismo inglés halla su más aguda expresión en la filosofía pragmática del psicólogo William James. En Alemania, en cambio, el positivismo devino en crudo materialismo y naturalismo al modo de Feuerbach o Wundt y en Italia triunfó, especialmente en el campo del derecho y de la criminología. El positivismo, según vemos, se desarrolló dentro de las peculiaridades socioculturales de cada país.

Ya en nuestro siglo, ha habido en el campo de la filosofía una reaparición del positivismo que asoma primeramente en el llamado «círculo de Viena», y que arraiga luego con gran fuerza en Inglaterra y los Estados Unidos, donde da figuras de la importancia de un Russell o un Dewey. No es ninguna novedad el recordar la coincidencia del auge sociológico norteamericano con el de la mayor vigencia ideológica positivista.

En general, se observa en el momento presente una revalorización del positivismo en ciertos sectores, y muy particularmente de la figura de Comte (9). Por su lado, el positivismo va perdiendo

(8) JULIÁN MARÍAS: *Historia de la Filosofía*. Buenos Aires, 1946; página 361.

(9) La revalorización de la figura de Comte viene a veces de los campos más insospechados, como en el caso de JULIÁN MARÍAS o RECASÉNS SICHES, quienes destacan los elementos historicistas que, a su juicio, contenía en potencia la obra del filósofo francés.

su carácter sectario y acercándose a una postura menos dogmática; haciéndose fuerte en el método. Ello es muy visible en el caso de Reichenbach y su teoría de la probabilidad (10).

Esta separación de los supuestos filosóficos de lo propiamente metodológico y científico se aprecia paladinamente en Emile Durkheim y su escuela de sociología, vacilante como el propio maestro lo fué en sus obras capitales (*Las reglas del método sociológico*, *La división del trabajo social*) entre la filosofía positiva y el método positivo estrictamente. De ahí la actual reestimación de Le Play como sociólogo, a quien nunca tentó la irreligiosidad de su tiempo.

Como señala con justicia Bochenski, el positivismo, al destacar la importancia de la objetividad y el poder relativo del conocimiento humano, ha contrarrestado en forma eficaz la amenaza que, gracias a un irracionalismo y subjetivismo fatales, se cernía sobre la cultura occidental» (11); y reconoce también el servicio que los filósofos de la materia —especialmente Russell, Carnap y Reichenbach— han prestado al progreso de la metodología de las ciencias de la naturaleza y de la lógica. La importancia metodológica del positivismo en la sociología ha sido enorme, y su aporte no se puede separar de nuestra ciencia sin reducirla a pura historia (12). No es tampoco exacto que el método empírico en la sociología tiene que ir forzosamente unido a una concepción filosófica materialista y así lo ha demostrado prácticamente Pitirim A. Sorokin en una obra tan arquetípicamente idealista como la monumental *Social and Cultural Dynamics*, y nada menos que en la sociología del conocimiento (13). Otra cosa es el establecer que el método empírico es el «único» método sociológico.

(10) J. M. BOCHENSKI: *La filosofía actual*. Méjico, 1951. Capítulo: «El neopositivismo.»

(11) *Op. cit.*, pág. 89.

(12) GUIDO DE RUGGIERO, en el artículo «Positivism», de la *Encyclopaedia of Social Sciences* (Nueva York, 1944; tomos XI y XII, pág. 260), define al positivismo en base sobre todo a su método: «Positivism is a term which designates a philosophical tendency oriented around natural science and striving for a unified view of the world of phenomena, both physical and human, through the applications of the methods and the extension of the results whereby the natural sciences have attained their unrivaled position in the modern world.»

(13) J. J. MAQUET: *Sociologie de la connaissance*. Louvain, 1949; capítulos VIII y IX: «La sociologie de la connaissance de Sorokin.»

Esta revalorización del positivismo ha tenido repercusión en la América de habla castellana. En la sociología, de unos años a esta parte, viene apreciándose una orientación, dirigida hacia la sociología concreta, influenciada por la sociología estadounidense, que tiene mucha conexión con aquella reestimación. Una voz muy temprana en esta nueva dirección fué la de Medina Echavarría, que en 1941, desde México, preconizó el retorno a la sociología *more comitiano*: Su pronunciamiento era decididamente favorable a la sociología positivista de la que aceptaba dos supuestos capitales: «Primero. La sociología es ciencia positiva, o sea empírica e inductiva. Y segundo. La presunción de la aplicabilidad a esta nueva ciencia de los métodos que mostraron su fecundidad en la construcción de otras ciencias: observación, experimentación, comparación» (14).

En Argentina, el adalid de ese retorno a la «sociología científica» es Gino Germani, quien lo hace, no obstante, con más ponderación que lo proclamara en su oportunidad Medina Echavarría. «La reacción antipositivista— escribe Germani— en Latinoamérica afectó a la mayoría de los países al desarrollo y la orientación de las ciencias del hombre. Por cierto, del mismo modo que el positivismo en su hora, representó una contribución de gran valor al desarrollo del pensamiento y la cultura latinoamericana, su crítica y superación, por obra de otras corrientes filosóficas, se realizó una renovación necesaria y a la vez inevitable, dentro del eterno proceso dialéctico de las ideas. Sería absurdo negar que la transformación así realizada significó un avance decisivo y marcó un proceso de maduración de la cultura. Sin embargo, el movimiento renovador no siempre tuvo una orientación saludable desde el punto de vista del desarrollo científico. Hasta puede afirmarse que algunas de sus repercusiones negativas trascendieron al campo de la cultura superior y afectaron al de la vida al contribuir a la expresión de ideologías irracionales a menudo equivalentes intelectuales de los totalitarismos políticos» (15). En definitiva, el profesor de la Universidad de Buenos Aires aspira a una

---

(14) JOSÉ MEDINA ECHEVARRÍA: *Sociología; teoría y técnica*. Méjico. 1941; pág. 18.

(15) GINO GERMANI: *La Sociología científica (Apuntes para su fundamentación)*. Méjico, s/f.; pág. 7.



sociología equidistante de la especulación desenfrenada y el empirismo ciego.

Finalmente nos parece útil recoger aquí las características que Angel González Álvarez atribuye al positivismo. Son las siguientes:

- a) La seguridad de la validez absoluta de la ciencia.
- b) La admisión de leyes naturales absolutamente constantes y necesarias.
- c) La uniformidad de las estructuras de la realidad.
- d) La continuidad en el tránsito de una ciencia a otra.
- e) La tendencia a la matematización y el mecanicismo (16).

Esas características nos servirán de eficaz pauta para comprobar la afiliación a la escuela de los sociólogos argentinos que, en algún caso, como el de Ingenieros, se muestra admirablemente completa.

#### LA SOCIOLOGÍA POSITIVISTA EN ARGENTINA

Siguiendo a Poviña estudiaremos en primer lugar la obra de Francisco Ramos Mejía, José María Ramos Mejía y José Ingenieros *Culminación* (este último) *del positivismo argentino*. Estudiaremos, además, la pervivencia de la sociología de esta escuela en la cátedra universitaria y en la parasociología, conforme al criterio que hemos sostenido.

Francisco Ramos Mejía (17) inicia, como ha dicho Raúl Orgaz, «la corriente científica» en la sociología argentina, o lo que es lo mismo, la sociología positivista que era la que monopolizaba por aquellas calendas el respetable apelativo. Su obra sociológica se resume en su libro *Historia de la evolución argentina*, que apa-

(16) ANGEL GONZÁLEZ ALVAREZ: *Historia de la filosofía en cuadros esquemáticos*. Madrid, s/f.; pág. 72.

(17) FRANCISCO RAMOS MEJÍA nació en Buenos Aires en 1847 y falleció en 1897. Estudió la carrera de Derecho y se dedicó a la judicatura. Posteriormente se retiró de la profesión judicial para atender únicamente a sus preocupaciones intelectuales, actividad que concilió con su vida política, en la que llegó a ser senador.

recio en 1921, tras la muerte de su autor. Es parte inacabada de un plan más ambicioso que su autor no pudo terminar y del que ya había dado a conocer su *Introducción general* —aunque no en su totalidad— con el título de *El federalismo argentino* (1889).

Esta *Introducción* es lo propiamente sociológico y donde muestra su afiliación decidida a los postulados del positivismo. La «*Introducción*» está dividida en tres capítulos: en el primero afirma la *unidad de la naturaleza*. «Bajo el punto de vista de la evolución —escribe Ramos Mejía— se nota en las sociedades los mismos fenómenos que hemos notado en el reino animal, los mismos que en el reino vegetal, la misma diferenciación y especialización progresiva de los órganos y de las funciones, marcha incesante y fatal de lo menos perfecto a lo más perfecto, de lo simple a lo compuesto, desde la hidra hasta el hombre y las sociedades. *Natura appetit unitatem* (18). Y asentada ya esta importante piedra angular pasa a considerar en el capítulo segundo la *ley de la causalidad en la historia*, corolario inevitable del principio establecido en el capítulo anterior. La causalidad física del campo de la naturaleza es aplicable también al hombre y a su obra, a sus instituciones y a sus creencias, como lo es también el encadenamiento evolucionista de la naturaleza. Por eso afirma Ramos Mejía que «en el mundo físico, como en el mundo moral e intelectual, no hay nada contingente y arbitrario. Todo está sometido a leyes fijas y fatales que se desarrollan y rigen los fenómenos con inexorable regularidad» (19). Francisco Ramos Mejía se da perfecta cuenta de que tales principios conducen a un duro determinismo en el que la libertad humana no cuenta para nada, pero no vacila en llegar a las últimas e inhumanas consecuencias; «porque ni el genio ni nadie crea nada. La naturaleza siempre es la misma, y así como nada se aniquila, nada se crea en el reino de la inteligencia. Lo que los ingenios superiores hacen al formar lo que el vulgo llama creación no es más que una nueva combinación de las calidades y atributos que existen desparramados y de otro modo combinados en los entes de la naturaleza» (20). La «*Introducción general*» es compacta, sin contradicciones, no queda ninguna rendija por la que escapar del determinismo. El arbitrio no existe, lo que

(18) *Historia de la evolución argentina*. Buenos Aires, 1921; pág. 56.

(19) *Op. cit.*, pág. 96.

(20) *Op. cit.*, pág. 75.

sucede es que las causas son múltiples y, por tanto, también los efectos; conocidas aquéllas en su totalidad, se conocerán inexorablemente éstos. Para F. Ramos Mejía, las causas son: la naturaleza humana, las relaciones con otros pueblos, el movimiento de la propia historia, los progresos de las ciencias. El último capítulo de la «Introducción», que trata de *los orígenes de la evolución argentina*, no es más que un eslabón con su obra posterior, más histórica que sociológica. Francisco Ramos Mejía no supo aplicar a la realidad histórica argentina los principios sostenidos en la introducción. En su visión de la historia nacional argentina, que no podemos ahora estudiar, hay muchos aciertos, entre los que sobresale uno capital, que se anticipa en muchos años a los historiadores hispanoamericanos: en afirmar algo tan evidente —entonces no lo parecía a muchos— como que la historia argentina es continuación de la española. Con sus propias palabras: «no obstante las diferenciaciones que hayan podido resultar hasta hoy de la diferencia de clima, de instituciones, de nuestras vinculaciones intelectuales y comerciales con las naciones europeas: no obstante esto, hemos sido y continuamos siendo eminentemente españoles por nuestra raza y por nuestra historia» (21). En esta tesis pone gran énfasis a todo lo largo de su obra, muchas veces, incluso, con la exageración inexacta del polémico.

Observado ya el error de aplicación —su disolución en simple historia—, creo que se debe valorar con justicia la «Introducción General». Se trata de una exposición bastante rigurosa, con gran alarde de conocimientos de su tiempo en todas las ciencias, expuestos con lógica, sin concesiones sentimentales, literarias o políticas. Era la primera vez que ello acaecía en la historia de las ideas sociales de su patria. No en vano aparece claramente que las fuentes utilizadas por Ramos Mejía son, dentro del positivismo, de primera mano, sin desconcertantes intermediarios: Comte, Spencer, Fustel de Coulanges, Taine, Buckle, Ribot, Le Bon...

Comparando a Francisco Ramos Mejía con José Ingenieros ha escrito Raúl Orgaz: «La orientación de Ingenieros es genéricamente la misma de Francisco Ramos Mejía en el libro póstumo de esta *Historia de la evolución argentina* (publicado en 1921), pues ambos se embanderan en el *monismo naturalista spenceriano* y crean una *sociología genérica*; pero mientras el autor de la His-

(21) *El federalismo argentino*. Buenos Aires, 1915; pág. 30.

toria, preocupado por extraer los orígenes de la democracia argentina, despliega su credo monista (en la «Introducción general» que abre la obra) al modo de presuntuoso telón de una escena pobre y primitiva, en el autor de la *Sociología* hay fusión orgánica de lo histórico con lo sociológico, o mejor, transfusión de lo sociológico en lo histórico. Si se despoja de la «Introducción general» al libro de Ramos Mejía, el resto de la obra no patentiza (salvo en algún detalle como el de la continuidad de la historia argentina con la española o el determinismo evolucionista) osamenta doctrinaria de ninguna especie» (22). Juicio que si bien es exacto en lo fundamental nos parece demasiado severo para con Ramos Mejía, quien en cientos aspectos de enfoque (sobre la continuidad histórica y la objetividad) aventaja al propio Ingenieros.

José María Ramos Mejía (23) es receptor en la Argentina de la sociología positivista no sistemática que, como ha observado acertadamente Ayala, reviste en la disciplina sociológica una importancia de primer plano. Exponentes muy significados de esta tendencia son los franceses Hipólito Taine y Gustavo Le Bon. Este último fué el guía de la más importante obra sociológica de José María Ramos Mejía: *Las multitudes argentinas*.

Gustavo Le Bon, médico, como su epígono argentino, se ocupó preferentemente de temas psicológicos y sociológicos. Su obra de más renombre es la *Psychologie des foules* (1895), a la que nos atenemos aquí por su ascendiente sobre la del autor argentino. El tema no era totalmente nuevo, pues ya antes, Ferri y Sighele, lo habían tratado dentro de la criminología. Pero fué sin duda Le Bon el que lo popularizó. La obra está dividida en tres capítulos (tras una introducción denominada «La Era de las masas»), en los que estudia el alma de las masas, sus opiniones y creencias y, por último, una clasificación y descripción de las diversas categorías de ellas. La *Psicología de las multitudes* es una obra escrita con gran claridad, llena de observaciones de permanente valor y

(22) «Ingenieros sociólogo», en *Páginas de crítica y de historia*. Buenos Aires, 1937; págs. 105 y 106.

(23) JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA era descendiente de stirpe gaditana. Nació en Buenos Aires en 1850 y falleció en la misma ciudad en 1914. Médico de profesión, ocupó posiciones destacadas en su vida profesional, universitaria y en su ciudad natal. Además de *Las multitudes argentinas*, alcanzó notable difusión su estudio *Los simuladores del talento*.

sumamente atractiva. Le Bon, que era discípulo de Taine, parte de la afirmación de su maestro de que el medio más la raza producen el alma de los pueblos (24). Su planteo es típicamente positivista, aunque a veces se filtra en el decurso de su exposición el elemento romántico del «alma de los pueblos». Pero el error fundamental de la obra de Le Bon está en no haber delimitado bien su objeto y haber hecho de la multitud una panacea sociológica. «No se llega a comprender un poco la filosofía de la historia —escribe Le Bon— hasta haber comprendido este punto fundamental, que es la psicología de las multitudes: o se es dios para ellas o no se es nada» (25). Y en otro lugar sostiene también excluyentemente que la psicología de las multitudes es el «resorte capital del hombre de estado» (26).

La confusión en el objeto de la obra —que sería muy acertada si se hubiese ceñido exclusivamente a la multitud propiamente dicha—, en la que no aparece claramente qué es lo social o cuál es el límite de la sociedad, objeto de toda sociología, es de las que justifican el escándalo de Ortega y Gasset, cuando escribió que «los libros de sociología no nos dicen nada claro sobre qué es lo social, sobre qué es la sociedad. Más aún: no sólo no logran darnos una noción precisa de qué es lo social, de qué es la sociedad, sino que, al leer esos libros, descubrimos que sus autores, los señores sociólogos, ni siquiera han intentado un poco en serio ponerse ellos mismos en claro sobre los fenómenos elementales en que el hecho social consiste. Inclusive en trabajos que por su título parecen enunciar que va a ocuparse a fondo del asunto, vemos luego que lo eluden —diríamos— concienzudamente. Pasan sobre estos fenómenos —repito— preliminares e inexcusables como sobre ascuas, y, salvo alguna excepción, aún ella sumamente parcial —como Durkheim—, les vemos lanzarse con envidiable audacia a opinar sobre los temas más terriblemente concretos de la humana convivencia» (27). Este reproche de Ortega es íntegramente apli-

---

(24) HIPÓLITO TAINE: *Historia de la literatura inglesa*. Introducción (Buenos Aires, 1945). y GUSTAVE LE BON: *Psychologie des foules*. Introducción (París, 1947).

(25) *Op. cit.*, pág. 51.

(26) *Op. cit.*, pág. 15.

(27) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *El hombre y la gente*. Madrid, 1957; página 33.

cable a Le Bon, aunque, por suerte para la sociología, ha llovido bastante desde entonces.

No obstante este defecto capital, la producción de Le Bon reúne los aciertos de su escuela, en especial en lo que atañe al método. En una de sus sugestivas obras sobre las civilizaciones afirma acertadamente: «El estilo más brillante no dará jamás una impresión comparable a la que produce la vista de las cosas, y, en defecto de éstas, una imagen de ellas» (28).

*Las multitudes argentinas*, de José María Ramos Mejía, tiene todas las ventajas e inconvenientes de la obra del maestro francés. En ella hay la misma utilización confusa del término «multitud», el mismo ángulo psicologista. Todo ello, desde luego, dentro de los cauces de la sociología positivista y evolucionista. También aparecen esas filtraciones del duende romántico, como cuando afirma que «las cosas de la política y de la historia no se miran por el objetivo estrechísimo del mérito individual, sino por el de si un hombre, destinado por la Providencia, la fatalidad o por lo que se quiera, al llenar una gran misión histórica, tuvo o no el sentimiento de ella» (29). La prosa clara de Le Bon pierde en Ramos Mejía mucho de su nitidez sobrecargada por términos médicos y biológicos.

José Ingenieros —excelente crítico sociológico siempre— ha comentado la obra de Ramos Mejía rigurosa y exhaustivamente (30): Critica la indeterminación del concepto de multitud tanto en Le Bon como en el autor argentino, del cual analiza minuciosamente las diversas y contradictorias utilizaciones que hace del mismo. En cuanto a la aplicación a la histeria argentina señala Ingenieros «la ausencia absoluta de método: más tiene de fantasía que de ensayo sociológico» (31), dice con crudeza. Y termina su juicio expresando que *Las multitudes argentinas* ha resultado una tentativa inteligente y hermosa, pero deficiente» (32).

(28) *La civilización de los árabes*. Buenos Aires, 1949; pág. 19.

(29) JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA: *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires, 1956; pág. 73.

(30) «Las multitudes argentinas», publicado por primera vez en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* (Buenos Aires, 1899) y recogido después en su *Sociología argentina*.

(31) JOSÉ INGENIEROS: *Sociología argentina*. Buenos Aires, 1957; página 75.

(32) *Op. cit.*, pág. 81.

Tras la crítica, justo es señalar con Ingenieros que el estudio de Ramos Mejía tiene páginas de aguda observación como las que se refieren a *Las multitudes de los tiempos modernos* y en las que estudia tipos argentinos peculiares como el «guarango», el «canalla», el «huaso» y el «burgués auren», que son un anticipo de sociografía urbana. En otros aspectos participa de los méritos de su escuela en cuanto al intento de ver la historia con un prisma científico, cosa muy distinta, según sus propias palabras, del «antropomorfismo histórico-político, que nos obliga a asimilar a una persona o figura histórica exclusivamente, las fuerzas ciegas que discurren en las entrañas de la sociedad y que cumplen su destino sin odios ni cariños» (33).

José Ingenieros (34) representa en la Argentina el cenit del positivismo. Su nombre, como ha reconocido uno de sus detractores, es epónimo en la historia de las ideas argentinas (35). Su pensamiento, fruto del trabajo riguroso y una consecuencia ideológica inconvencible, se halla en casi una treintena de obras de filosofía, ética, criminología y sociología, todas ellas dentro de los cánones del positivismo spenceriano. Ingenieros ha dejado, además, una estela de seguidores que mantienen su influencia, que es muy grande aún en diversos sectores de la vida argentina: Sus detractores atacan lo que sus discípulos consideran especial virtud: la pertinacia es un sistema filosófico —su positivismo es un positivismo tardío—, que ya estaba siendo abandonado por gran parte de la inteligencia europea cuando Ingenieros escribía. «La ideología que representa Ingenieros —escribe Homero Guglielmini— es el ochocentismo doctrinario y agnóstico, con su adyacente metafísico, el materialismo» (36). Uno de sus panegiristas (37) ha destacado el carácter «siempre joven» de la prédica de Ingenieros

(33) *Op. cit.*, pág. 5.

(34) JOSÉ INGENIEROS nació en Buenos Aires en 1877 y falleció en la misma ciudad en 1925. Médico de profesión, se dedicó a la psiquiatría y la criminología y ocupó cátedras universitarias de Ética y Psicología. No dictó la materia de Sociología. Su fama alcanzó el ámbito internacional y participó en diversos congresos de las disciplinas señaladas.

(35) HOMERO M. GUGLIELMINI: *José Ingenieros y la nueva generación*. Buenos Aires, 1930.

(36) *Op. cit.*, pág. 286.

(37) JUAN ANTONIO SOLARI: «José Ingenieros. Su acción social», en *Evocaciones políticas y literarias*. Buenos Aires, 1943.

(razón indudable de su ascendiente sobre las masas estudiantiles, ansiosas siempre de ideales ilusionantes), que ha permanecido en toda su obra por su temprana muerte. Pero este aspecto le parece a Echánove Trujillo, el causante de uno de los mayores inconvenientes de la obra de Ingenieros, su excesiva simplicidad.

Toda la producción de Ingenieros se halla teñida del sociologismo de la escuela, pero su parte estrictamente sociológica se encuentra en *Sociología argentina*, agrupación de diversos trabajos, *La evolución de las ideas argentinas*, aplicación de sus postulados ideológicos al proceso histórico argentino, y algunos artículos incompletos aparecidos en la *Revista de Filosofía*, de Buenos Aires, que él fundara, referentes a la familia y el matrimonio.

Raúl Orgaz, poco después de la muerte de Ingenieros, hizo una exposición de su sociología, que, por su ponderación y ordenada síntesis, ha sido seguida luego por los comentaristas posteriores (38). En líneas generales la vamos a seguir también nosotros.

Orgaz sigue en su mencionado trabajo un orden lógico, no cronológico. Divide la obra de Ingenieros en parte crítica y parte constructiva. En la primera estudió Ingenieros los iniciadores de la sociología argentina (Echeverría, Alberdi y Sarmiento), y los continuadores (Ramos Mejía, Juan Agustín García, Carlos Octavio Bunge, Ayarragaray y Agustín Alvarez). En la parte constructiva, Ingenieros expuso de su propio sistema en tres puntos principales: 1.º La concepción de la sociología como ciencia natural (monismo bioeconómico). 2.º La aplicación de este criterio a la evolución social argentina en su aspecto interno e internacional. 3.º El estudio de la formación de una nueva raza argentina como fundamento de la argentinidad o, con las propias palabras de Ingenieros, «el sentido nuevo que la raza naciente en esta parte del mundo podrá imprimir a los ideales humanos».

Ingenieros se muestra excelente crítico en la correspondiente parte de su obra sociológica, que dedicó al estudio de las de otros autores. No cae en ningún momento en los defectos que él señalara en la crítica usual (39), ya que no es ni «simple glosa», ni «maligna», ni insulsamente «laudatoria». Sabe estimar las suges-

(38) «Ingenieros sociólogo», en *Páginas de crítica y de historia*. Buenos Aires, 1927.

(39) JOSÉ INGENIEROS: «La anarquía argentina y el caudillismo», en *Sociología argentina*. Buenos Aires, 1957; pág. 109.



ciones más valiosas de sus predecesores, y es, como le reconoce Orgaz, «agil y pugnaz» con los ensayistas contemporáneos aun con los más allegados a sus propias convicciones. Ingenieros muestra en sus trabajos críticos una rara habilidad para hacerlos campo propicio a la expresión de sus propias opiniones y llevar así el agua a su propio molino. Por lo cual en ellos se hallan entremezcladas muchas tesis propias o reiteraciones de las ya expuestas en otros trabajos.

La faz constructiva es, sin duda, la más importante. Orgaz señala con los siguientes cuatro rasgos la fisonomía sociológica de las ideas de Ingenieros. Dice sintéticamente: «Se trata de una teoría: a), monista; b), mecanicista; c), biológica; d), económica. Es un monismo bioeconómico» (40). Aclarando estos rasgos podemos decir que Ingenieros es monista en cuanto parte de la unidad de la naturaleza, uno de los postulados positivistas, cree en un mecanicismo social y biológico en el sentido darwiniano (las leyes biológicas enteramente aplicables al campo social) y, por último, intenta enraizar el materialismo histórico en el campo de la biología y la psicología (41). Difiere de muchos de sus compañeros de escuela, que, como Bunge, basan su determinismo en la psicología mientras que Ingenieros lo hace en la biología y la economía (42).

Es muy importante también en Ingenieros su opinión sobre el método (para él método genético), en el que no se separa ni un ápice de los principios del positivismo, pues se trata de una aplicación de los principios biológicos generales al estudio de la evolución social. Su planteo, muy documentado, no es grosero y no excluye, por tanto, la existencia de dificultades metodológicas, aun dentro de los cánones seguros de la metodología positivista. «Conviene tener presente —escribe— que la investigación de las causas, tratándose de fenómenos sociales, será siempre imperfecta y relativa, visto el número de circunstancias concurrentes a la determinación de un fenómeno dado. El estudio analítico de los innumerables factores que concurren a su determinismo es, por sí sólo.

---

(40) RAÚL A. ORGAZ: *Op. cit.*, pág. 90.

(41) Sobre este frustrado intento en el campo de la psicología, véase sus *Principios de psicología*. Buenos Aires, 1916.

(42) Crítica a *Nuestra América*, de BUNGE, en *Sociología argentina*, edición citada, pág. 92.

inagotable; las síntesis sociológicas se efectúan después de un análisis *relativamente* completo, y sólo permiten establecer relaciones causales *aproximadamente* exactas, cada vez menos erróneas» (43). Ingenieros sigue especialmente en este aspecto a Stuart Mill y René Worms.

Desde esta plataforma doctrinal, Ingenieros se aplica a estudiar la realidad histórica y social argentina, lo que hace con demasiada simplicidad. Para el sociólogo platense, los factores de raza, medios y económico, conducen a su patria a un «imperialismo pacífico» en esa zona del mundo de manera determinada.

Orgaz resume en una impresión de conjunto los aspectos positivos y negativos del famoso positivista argentino. En primer lugar «encontramos —dice— en la faz constructiva un sistema de ideas muy netas y sus inflexibles consecuencias con tesis y postulados que por hipotéticos y aún erróneos que hoy parezcan, sirvieron en su hora para introducir claridad y relieve en la masa de los acontecimientos históricos argentinos y para mostrar prácticamente, sin abstrusas disquisiciones, como es posible seguir, en el cauce de una historia particular, algunos de los procesos que estudia la sociología general» (44). En este párrafo se resumen, a nuestro entender, los principales aciertos de Ingenieros: su formación científica, su exposición sistemática coherente (la primera vez en la sociología argentina), que puso orden y marcó las sendas por las que han podido proseguir posteriores estudiosos. La historia de la sociología argentina nace con Ingenieros.

En segundo lugar, observa Orgaz que «la consecuencia del falso naturalismo que domina en las tesis sociológicas de Ingenieros es un rígido mecanismo social. Es esta la lesión más grave que padece el sistema. Hay una exclusión demasiado arrogante de la teología. Se olvida en exceso que los fenómenos sociales son esencialmente volitivos, y que esta volición está incesantemente orientada por fines, sin los cuales la actividad del espíritu sería incoherente y desordenada» (45). Ya, anteriormente, el desaparecido catedrático de Córdoba había hecho notar, desde un ángulo psicológico, que «cuando Ingenieros se esfuerza por enraizar la psicología social otra vez en la biología, el resultado es tan dudoso como en el caso del

(43) *Sociología argentina*, pág. 121.

(44) RAÚL A. ORGAZ: *Op. cit.*, pág. 104.

(45) *Op. cit.*, pág. 110.

materialismo histórico. Las fórmulas se agregan a las fórmulas como en una especie de álgebra de la historia; mas se siente que esas fórmulas extremadamente generales dejasen escapar lo que hay de más característico en la vida de la sociedad: el proceso de interacción psíquico, que explica la organización y la transformación de las instituciones» (46).

El monismo bioeconómico es el arco clave de la sociología de Ingenieros. Su autor dice, con orgullo, de esta tesis, que «esta correlación biológica-económica permite acercar las dos tendencias más opuestas hasta ahora en sociología: la biológica (con su desviación organicista) y la económica (con su mal llamado materialismo histórico). Basta señalar el problema para prever que la interpretación económica de la historia puede encuadrarse dentro del evolucionismo, circunstancia que hasta ahora no parecen justipreciar sus partidarios» (47). Trata, pues, de supeditar lo económico a lo biológico. Ingenieros no era marxista, y en múltiples ocasiones criticó las contradicciones del sistema de Marx, del que escribió que «mientras su doctrina histórico-social es determinista y evolucionista, en el mejor sentido sociológico de la palabra, él no ha cesado jamás de predicar la agitación revolucionaria y de anunciar la inminencia de una revolución violenta» (48). Su crítica es, más o menos, la misma que la del llamado socialismo reformista y de cátedra que él recibió a través de los autores italianos Loria, Labriola y Turati, principalmente. Ingenieros critica también la teoría de la lucha de clases que le parece «la más rígida de las premisas sentadas por Carlos Max». Pero esa integración propugnada del materialismo histórico dentro del biologismo positivista no está lograda en su obra y por esta quiebra deviene, paradójicamente, en un monismo económico con toda la unilateralidad e inconvenientes de una posición que él había rechazado. Como dice Orgaz: «Resulta así una sociología bifacial, aunque, para ser exactos, deberíamos añadir que en esta bifacialidad lo biológico es una simple máscara puesta *ad pompam vel ad ostentationem*; sólo lo económico vale» (49).

Otro de los puntos más débiles de la sociología de Ingenieros es su estrecha dependencia del monismo filosófico de su escuela. Su

---

(46) *Op. cit.*, pág. 95.

(47) *Sociología argentina*, pág. 122.

(48) *Sociología argentina*, pág. 147.

(49) *Op. cit.*, pág. 113.

obra depende radicalmente de supuestos filosóficos, lo que precisamente lo cualifica como un típico representante de la sociología de escuelas al modo ochocentista criticado por Durkheim.

Hemos de ver, por último, lo que hay en Ingenieros de inconsecuencia con sus propios principios. Este defecto aparece principalmente en su obra póstuma, «La evolución de las ideas argentinas». Como crítico había señalado como principal mérito de «La ciudad indiana» de Juan Agustín García, la objetividad y comentando el estudio histórico de Ayarragaray se había hecho eco de unas frases de Estanislao Zeballos que decían que «la historia argentina no ha sido escrita todavía. El primer período del descubrimiento, conquista y colonización, ofrece una serie de lagunas y de incertidumbres, cuya aclaración exige labor larga y paciente. La crónica de su primer siglo suele degenerar en candorosa patraña, porque los cronistas, que los posteriores copiaron sin criterio crítico ni de comprobación, eran ignorantes unas veces y apasionados y hasta malevolentes entre sí las otras. Fechas, nombres, lugares, sucesos, todo requiere escrupulosa verificación» (50).

En multitud de ocasiones Ingenieros había atacado el partidismo que vicia la labor sociológica. Sin embargo, en «La evolución de las ideas argentinas» incurre en todos esos errores: su construcción histórica se hace sobre fuentes secundarias, sobre todo en base a los historiadores decimonónicos tan deficientes, como indicara Zaballos, y toda la obra, muy ambiciosa y extensa, se resiente de apriorismos fundamentales. En ella se aparta de la consideración de los intereses reales de la historia, tan caros a su vocación ideológica, para caer en una interpretación francamente idealista y maniquea de la historia argentina. Como él mismo escribe en el comienzo de su estudio: «Se trata de la lucha entre dos filosofías, dos sistemas de ideas generales» (Resolución y Reacción). La preocupación moral, sucedáneo de la religiosa, de la última etapa de la producción de Ingenieros (51) gravita en su obra pós-

---

(50) *Sociología argentina*, pág. 112.

(51) Son ejemplo de esta tendencia sus libros titulados *Las fuerzas morales*, *El hombre mediocre* y *Hacia una moral sin dogmas*. Este último recoge unas lecciones pronunciadas en 1917 en la cátedra de Ética de la Universidad de Buenos Aires bajo el título más esclarecedor de «Emerson y el eticismo».

tuma y consigue sobreponerse decisivamente a lo propiamente sociológico. Algo parecido, por cierto, a lo que le sucediera a Augusto Comte.

#### LA SOCIOLOGÍA POSITIVISTA UNIVERSITARIA

Ernesto Quesada (52) que fué profesor titular de la materia en la Universidad de Buenos Aires desde 1905 es situado por Poviña entre los seguidores del positivismo, dentro de la cátedra universitaria. Sin embargo, queremos aclarar que nos parece una afiliación muy dudosa y sólo aplicable, en todo caso, a la primera etapa de su labor sociológica (53). De este primer período se destaca la conferencia publicada con el título de *La Sociología. Carácter científico de su enseñanza* (54), trabajo de magnífica precisión destinado a refutar las acusaciones del entonces decano de la Facultad de Filosofía, Miguel Cané, quien había acusado a la nueva materia de «huevo palabrerío». Es un trabajo exigente con una reseña bibliográfica a la mejor altura de los tiempos. Van a tardar muchos años aún después de Quesada para que sus conocimientos de la sociología de comienzos de siglo lleguen a otros estudiosos de su país. Por eso dice con verdadera justicia Raúl Orgaz que el doctor Quesada fué el ejemplar más completo del maestro que cree fervorosamente en las virtudes de la erudición y en las excelencias del rigor metodológico» (55). Esas características son las más relevantes de la obra extensa de Ernesto Quesada y las que le dieron fama en sus estudios de diversa preocupación, entre los que sobresale *La época de Rosas*, estudio histórico de gran objetividad. Quesada fué un hombre muy cultivado, con aficiones humanísticas y literarias, y de una inquietud insaciable que le hizo abordar mul-

(52) ERNESTO QUESADA nació en Buenos Aires en 1858. Se formó en Alemania. Dirigió *La Nueva Revista de Buenos Aires* y la Biblioteca Nacional. Donó su importante biblioteca a la Universidad de Berlín. Falleció en Suiza en 1934.

(53) La abundantísima y varia bibliografía de carácter sociológico de ERNESTO QUESADA fué clasificada por JUAN CANTER y publicada en el *Boletín del Instituto de Sociología de Buenos Aires*, núm. 1, 1942.

(54) En *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo III. Buenos Aires, 1905.

(55) RAÚL A. ORGAZ: «Ernesto Quesada. Homenaje a su memoria», en *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, 1934.

itud de temas de interés de la sociología argentina y universal, como el notable cursillo que dió sobre los problemas sociológicos australianos.

En su citado trabajo sobre el carácter científico de la sociología expone un esquema que es en principio fiel a los postulados positivistas de la sociología como ciencia de síntesis y culminante: un saber para prever. Pero admite también la importancia del «factor perturbador que es la voluntad humana», a diferencia de los deterministas. En consecuencia, no se atreve a hablar de «leyes sociológicas», sino tan sólo de «reglas». Doctrinalmente, este autor fué muy permeable a la sociología de nuestro siglo, pues ya en el trabajo que comentamos se advierte el impacto de los primeros estudios de Durkheim y Simmel. Su posición fué genuinamente profesoral.

En el último período de su obra y de su vida se convirtió en el fervoroso introductor en Argentina de las ideas spenglerianas, con cuyo autor mantuvo una estrecha amistad.

Carlos Octavio Bunge (56), que fué profesor en las Universidades de Buenos Aires y La Plata, representa mucho más fielmente el tipo del epígono universitario del positivismo. Hombre de gran brillantez y fama, a pesar de su temprana muerte, se distinguió como jurista y psicólogo. Su ingreso en el campo de la sociología es a través de la ciencia psicológica. Su sociología —ha dicho Enrique Martínez Paz— es «biopsíquica» (57).

Su obra más divulgada es *Nuestra América*, que alcanzó cuatro ediciones en muy pocos años (58), y de la que escribió Ingenieros que es «una de las más interesantes que se hayan escrito en nuestro continente» (59). Pero a Ingenieros no se le escapó que *Nuestra América* no es un libro propiamente sociológico, sino más bien «un ensayo de psicología social». Es decir, se trata de un libro que podríamos estudiar también dentro de lo que llamare-

---

(56) CARLOS OCTAVIO BUNGE nació en Buenos Aires en 1875. Estudió la carrera de Derecho y fué profesor en las Facultades de Derecho de Buenos Aires y La Plata. También ejerció por un tiempo de Fiscal. Su temprana muerte acaeció en 1918.

(57) ENRIQUE MARTÍNEZ PAZ: «Carlos Octavio Bunge, filósofo del Derecho». Prólogo a los *Estudios filosóficos* de este último. Buenos Aires, 1919.

(58) Primera edición, 1903; cuarta edición, 1911.

(59) JOSÉ INGENIEROS: *Sociología argentina*, ed. cit., pág. 92.

mos parasociología: parasociología psicologista. La función profesoral de Bunge hace, no obstante, que lo veamos en este apartado. Los principios del estudio de Bunge pueden resumirse, como el mismo autor lo hace, en los siguientes:

1.º Cada pueblo tiene una psicología social propia, que es la de la raza dominadora.

2.º La psicología colectiva de cualquier sociedad, aunque susceptible de transformaciones evolutivas, es relativamente neta y estable.

3.º Las cualidades típicas que constituyen la psicología social de un pueblo no son privativas de él sino en cuanto a su intensidad y forma.

De acuerdo con estos principios, estudia la psicología de las razas componentes de Hispanoamérica: españoles, indios, negros y mestizos, y, por último, la de los propios hispanoamericanos, resultante de la mezcla de las psicologías matrices. Esta psicología resultante se resume en los rasgos de «pereza, tristeza y arrogancia». Esta exposición padece de todos los errores y ventajas de los muchos trabajos hechos sobre base de la psicología social en el mundo hispanoparlante, algunos de los cuales, recientemente, son idénticos al estudio del autor argentino (60). Ya Ingenieros, que cojea de otro pie, nota lo que es el error capital de los que toman este único ángulo cuando dice que «Bunge atribuye demasiada importancia en la psicología actual de los hispanoamericanos a caracteres que no son generales ni absolutos» (61). Y añade con Taine: «No es la raza solamente: es el medio.»

Aunque en la sugestiva obra de Bunge parece en cierto momento haber un intento de evasión del determinismo psicológico (gracias a la «cultura por el trabajo»), no se escapa finalmente del determinismo de su escuela. Como escribió Martínez Paz: «A pesar de todos sus distingos no puede negarse que Bunge sigue la escuela positivista moderna: I. Porque sostiene el predominio de

(60) Un ejemplo sorprendente lo tenemos en la *Sociología de la política hispanoamericana* del nicaragüense JULIO YCAZA TIGERINO (Madrid, 1950), cuyo esquema es casi idéntico al del argentino.

(61) *Op. cit.*, pág. 100.

la observación y el menosprecio de las ideas... II. Porque sostiene la relatividad de las nociones» (62).

Se puede hablar, pues, dentro del positivismo argentino, de un monismo bioeconómico de Ingenieros frente al monismo biopsíquico de Bunge.

Tras la obra erudita de Quesada y la brillantez del ensayo de Bunge nos toca ver ahora un trabajo mucho más modesto: los *Principios de sociología* (63), de José Oliva, que fué profesor de Sociología en la Facultad de Derecho de la Universidad del Litoral durante veinte años, 1920 a 1940. La mencionada obra no es otra cosa que una recolección de los apuntes dictados en clase, que en parte habían sido publicados como trabajos separados en la revista de la Universidad. Francisco Ayala, que le sucedió por corto tiempo en la cátedra y que le rindió un cortés homenaje a pesar de ser su posición sociológica diametralmente distinta, dice con toda exactitud: «El pensamiento sociológico del doctor Oliva está enclavado de manera resuelta dentro del campo positivista» (64). Bien claramente lo muestra Oliva en el siguiente párrafo de su libro: «El estudio de los fenómenos, se hace en una ciencia para elevarse a la comprensión de sus causas permanentes. Si se tiene un propósito de hacer un estudio científico de lo social, su finalidad será igualmente la de encontrar sus causas estables. Buscar una causa estable supone el convencimiento que los fenómenos son determinados siempre por ella; que existe, en una palabra, un determinismo en la producción de la clase de los hechos, de los cuales se pretende hacer una ciencia. En verdad no puede haber una ciencia sin algún determinismo; pero éste no es igual para todos los fenómenos en la misma proporción» (65).

El imperialismo sociológico, característico del positivismo surge también cuando trata el derecho y la moral como ciencias sociales especiales. Refiriéndose a esta última dice: «El fenómeno moral, si psicológicamente es un producto del sentimiento, en su evolución histórica, es el resultado de la costumbre y un modo de convivencia. Por ser bajo todo aspecto, un hecho natural y sociológico como

(62) *Op. cit.*, pág. 9.

(63) En dos tomos publicados en Santa Fe, sin fecha.

(64) «Notas sobre la enseñanza de la sociología en América y Argentina»: d) «Santa Fe», en el citado *Boletín del Instituto de Sociología de Buenos Aires*.

(65) *Op. cit.*, pág. 91 (tomo II).



tal dió origen a una ciencia especial» (66). Pero como profesor universitario Oliva no puede ser ajeno a las nuevas corrientes. En ellas se contempla más el papel de la «ilusión de la libertad humana» y de la historia en el campo de lo social, poniendo en berlina los determinismos positivistas. Pero Oliva salva este escollo haciendo dos distingos: en primer lugar, atribuir a la complejidad del hombre la falta de evidencia que aún existe en la determinación de sus acciones (argumento que había utilizado asimismo Ingenieros) y acudir al expediente de separar lo individual de lo social. «La sociología —escribe el profesor santafesino— busca precisamente esto: cuál es la ruta de la nave, sin preocuparse de lo que los pasajeros hacen en ella» (67).

Para completar este somero panorama añadiremos que en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad fué profesor de sociología el biólogo y médico alemán Georg F. Nicolai, quien «hacía de la sociología —dice Poviña— una ciencia desmesurada, con un contenido amplísimo, inspirada en la concepción biológica» (68). Las obras que hemos podido consultar de este autor se titulan: «La base biológica del relativismo científico y sus complementos absolutos». «La superioridad del hombre mediano» y «Biología de la guerra», cuyos títulos son suficientemente expresivos de la orientación de su autor. La última de estas obras quiere ser, como se dice en la introducción a la misma, un conjunto de ideas políticas cimentadas en los conocimientos científico-naturales. La obra está montada sobre la idea de que la sociedad es un organismo natural.

Finalmente, no queremos dejar de citar a Ísidoro Ruiz Moreno, que fué el primer profesor titular de sociología de la Universidad de Córdoba, en 1907. «Su orientación general —reseña Poviña— era hacia el evolucionismo spenceriano y el darwinismo social, en la forma atenuada de los sociólogos norteamericanos, en especial de Giddings y de Ward» (69).

---

(66) *Op. cit.*, pág. 65 (tomo I).

(67) *Op. cit.*, pág. 95 (tomo II).

(68) «La sociología en las Universidades americanas», en el citado *Boletín del Instituto de Sociología*, pág. 30.

(69) *Op. cit.*, pág. 29.

## BREVE REFERENCIA A LA PARASOCIOLOGÍA

Ya en otro lugar (70) hemos hecho notar la importancia que tiene la parasociología en los países hispanoparlantes. Baste recordar obras de calidad y difusión de «Radiografía de la pampa», de Martínez Estrada, o «Casa grande e senzala» de Gilberto Freyre. La razón del éxito de estas obras y de la parasociología en general en nuestra área debe buscarse en las condiciones histórico-sociales y aun de talante que hacen que solamente de esta manera literaria la observación social interesa a sociedades poco preparadas para el lacónico saber de la investigación sociológica.

Pero hay que ir con mucho cuidado en no extender el ámbito de lo que puede llamarse parasociología, por la que no debe entenderse todo cuanto se ha escrito sobre lo social y no quepa en la sociología, a modo de cajón de sastre. La parasociología constituye la zona intermedia entre la simple literatura social y la sociología; obra de autores que no desconocen la disciplina sociológica, pero que prefieren una forma más suelta, más asequible a los lectores. De todas maneras la parasociología se deslinda completamente de la pura literatura de manifestación social. Esta puede ser objeto de una posterior elaboración sociológica o parasociológica. (Ello es muy frecuente pues, como es sabido, las obras literarias—dos ejemplos: «El Quijote» y «Martín Fierro»— contienen muchos elementos de descripción o crítica de la sociedad en que se producen). También hay que separar de la parasociología las obras de los primeros descubridores nacionales del nuevo ángulo sociológico. En el caso de la Argentina, por ejemplo, la obra político-social de los autores de la llamada generación de 1837— Sarmiento, Alberdi y Echeverría, principalmente— no es sistemática y sería considerada intemporalmente, parasociología. Pero el papel de lo sociológico juega en su obra de muy distinta manera. Se trata más bien de interpolaciones de elementos de la nueva ciencia en estudios que habrían sido literarios, jurídicos, históricos o simplemente políticos de no haber tenido sus autores sus primeros y esforzados contactos con la sociología naciente. Por su intención son sociología o, si se quiere, sociología potencial. (Ello es sumamente

---

(70) JUAN FRANCISCO MARSAL: «Cuatro borradores de sociología argentina», en la revista *Demos*, núm. 39. Buenos Aires, marzo, 1958.

patente en el caso de Sarmiento. Su póstuma y desacertada «Conflictos y armonías de las razas en América» pretendió ser un sistema sociológico que siempre ambicionó realizar a lo largo de su azarosa vida y para el que no estaba ni científica ni temporalmente preparado). Todas las ciencias son en sus comienzos balbucientes y están entremezcladas con otros saberes de más antigua existencia.

La tarea de catalogar la parasociología argentina no es fácil y está por hacer. Es, sin embargo, ineludible para poder llevar a cabo una historia completa de la sociología argentina, en la que no sería de extrañar que el capítulo dedicado a la parasociología fuera el más voluminoso.

Una sistematización adecuada de la parasociología requeriría la búsqueda previa de las bases sociológicas en que se asientan esas parasociologías conscientes e inscribibles en las tendencias o escuelas a que pertenece su esqueleto ideológico. (Adelantamos que la mayor parte de la parasociología se construye hasta ahora sobre la sociología de escuelas, más radical y simplista. Quien ama el sincretismo busca otros cauces menos atrayentes).

Existe en torno a la sociología positivista argentina una parasociología. Se trata de una afirmación que no podemos demostrar completándola, porque ello nos llevaría muy fuera de los límites de este trabajo. Hemos indicado ya la obra de Carlos Octavio Bunge, tan claramente parasociológica. (El mismo dió una excelente definición de «Nuestra América»: «esqueleto científico, carnadura literaria»). Y sin duda merece especial consideración Ezequiel Martínez Estrada, varios de cuyos notables ensayos («Radiografía de la Pampa», «La cabeza de Goliat», «Muerte y transfiguración de Martín Fierro») son parasociología. Martínez Estrada es, a nuestro juicio, un positivista. «Le ocurre —ha dicho Antonio Tovar en un severo estudio de su obra— que lleva dentro una flexible tabla de valores. Cree en poquísimas cosas, pero nos atreveríamos a decir que con demasiada fe. Su tabla de valores es por eso rígida y cerrada» (71). Ella no es otra que la de la filosofía positivista y progresista. De ahí su «anglosajonización» (es la «admiratio» que corresponde) y su «pesimismo» sobre los pueblos hispánicos. Ese sería su esqueleto: la carnadura literaria es contradictoria a veces con

---

(71) ANTONIO TOVAR: «Introspección de la Argentina en el escritor Martínez Estrada». REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, núm. 49. Madrid, 1950.

aquél, pues su fina sensibilidad de escritor de genio le empuja, en ocasiones, lejos de su propia horma ideológica.

Martínez Estrada es el paradigma argentino de cómo en Iberoamérica limitarse a la sociología declarada o a la puramente académica es un engaño en aras de la comodidad. No sólo es oro lo que reluce.

JUAN FRANCISCO MARSAL

### RÉSUMÉ

*La sociologie, selon Durkheim, doit être indépendante de la philosophie et des doctrines pratiques. Tout cela indique une profonde révolution dans la sociologie. Mais l'esprit de dépendance de la sociologie du XIX<sup>ème</sup> siècle reste encore de nos jours, particulièrement à l'Argentine.*

*L'auteur étudie la sociologie positiviste à l'Argentine, comme une école du XIX<sup>ème</sup> siècle qui continue encore aujourd'hui et qui d'importants représentants. De même que dans la sociologie positiviste plus générale, comme dans l'universitaire et la parasociologie, l'auteur voit les caractéristiques communes du positivisme Français et Anglais.*

*L'auteur étudie de préférence l'ouvrage de Francisco Ramos Mejía, José María Ramos Mejía y José Ingenieros. Il voit ce dernier comme la culmination du positivisme argentin.*

### SUMMARY

*Durkheim stated that sociology must be something apart from philosophy and practical doctrines. All this means a profound revolution in sociology. However, the mind of dependency of sociology of the XIXth. century yet prevails, especially in Argentine.*

*The author studies the positivist sociology in Argentine, as a school of the XIXth century that still remains and had important followers. The author sees both in the most general positivist sociology, as in the universitarian and in the parasociology, the general traits of French and English positivism.*

*The author studies for choice, the works of Francisco Ramos Mejía, José María Ramos Mejía y José Ingenieros. He realizes that this last is the peak of the Argentinian positivism.*